

VARIACIONES

LA METAMORFOSIS DE LA CALLE DE SEVILLA



LOS TRADICIONALES VAGOS DE LA CALLE DE SEVILLA EN EL SIGLO PASADO

Ya no trasparece el secreto espíritu de esta calle. Se diría que se nos ha evaporado de pronto. El que sin estar en antecedentes cruce ahora la calle de Sevilla no podrá sospechar que allí se ha defendido hasta última hora el espíritu complicador de la ciudad, esa bohemia de cómicos, toreros y políticos que añadían personalidad novelesca a la tendencia de ser sólo un gran clasificador a que propende el orden y la burguesía de la sociedad cortesana.

La calle de Sevilla era recoveco de lo que es la ficción y el juego trágico de la vida, mezclándose el político a esa confabulación de los actores y los toreros, porque el político aquel era el hombre de la estratagema, de la farsa elevada a la elocuencia, y sabía seducir al Poder y tener sus horas de rumbo en sillones de zarzuela grande.

Toda esa superfauna — quédese lo de fauna para otras multitudes — necesitaba más esquinazos y recodos, pues el viento y la luz la empujan como a fantasmas de fácil levitación.

Rectilinizada la calle y aclarados sus laterales, la superfauna ha tenido que huir y guarecerse entre piedra y piedra de sillaría de los grandes edificios, en estrecho nidal de salamandras.

Era aquella calle de Sevilla, insistentemente desvirtuada ahora, el trascorazón de Madrid, ese revés de la ilustre viscera en que se fraguan el sentimentalismo y la fantástica esperanza.

Lo que de vago, iluso e improvisador de fiestas y entusiasmos tiene la vida, mantenía sus larvas en aquellas esquinas y rinconadas.

Hubo un tiempo en que el tema de la calle de Sevilla era tópico de los divagadores, y yo conocí a alguno que, por ampliar el sablazo que daba en aquel paraíso, lo describió con coro de adjetivos farandulescos y lo publicaba siempre que le pedían un artículo. En todas las colecciones de los periódicos de la época figura aquel artículo, escrito con retórica de cómic y de autor dramático, esa elocuencia para desparramada a telón corrido y que no se sabe si está escrita en el papel o si es el cómic que la improvisa, pues es digna de su lengua, su psicología y su topiquismo.

Hoy ha llegado a ser un tema original el de evocar la calle de Sevilla bandida de comparsas, de cuadrillas y de arbitristas. Parece que la han acortado, y un peluquero le ha arreglado el pelo demasiado al rape, y la han repulido para que sea resbaladiza y pasajera. Se la recorre en un soplo, y ruega que se transite con una conminatoria voz baja de guardia. Ya no tiene barrera en que los toreros se paren, y los cómicos famélicos se han trasladado al otro mundo para tener sus tertulias de esquina, y hoy se reúnen en los rincones de cementerio.

En los primeros planos de Madrid, la calle de Sevilla es la ma-

hizo el milagro de salvar a una niña que cayó en un pozo en relación con una tarjea, exclamando la madre al ver a su hija salva: "¡Virgen mía de los Peit-gros!"

En aquel tiempo, entre el vericuetos de sus casas, plantadas por ese niño que las coloca como en un nacimiento al principio de las ciudades, había una bocacalle que, frente a la de Arlabán, salía a la calle de Alcañal y se llamó de los Pedegones; después, de Hita, y, por fin, antes de construir la Equitativa, travesía de los Peligros.

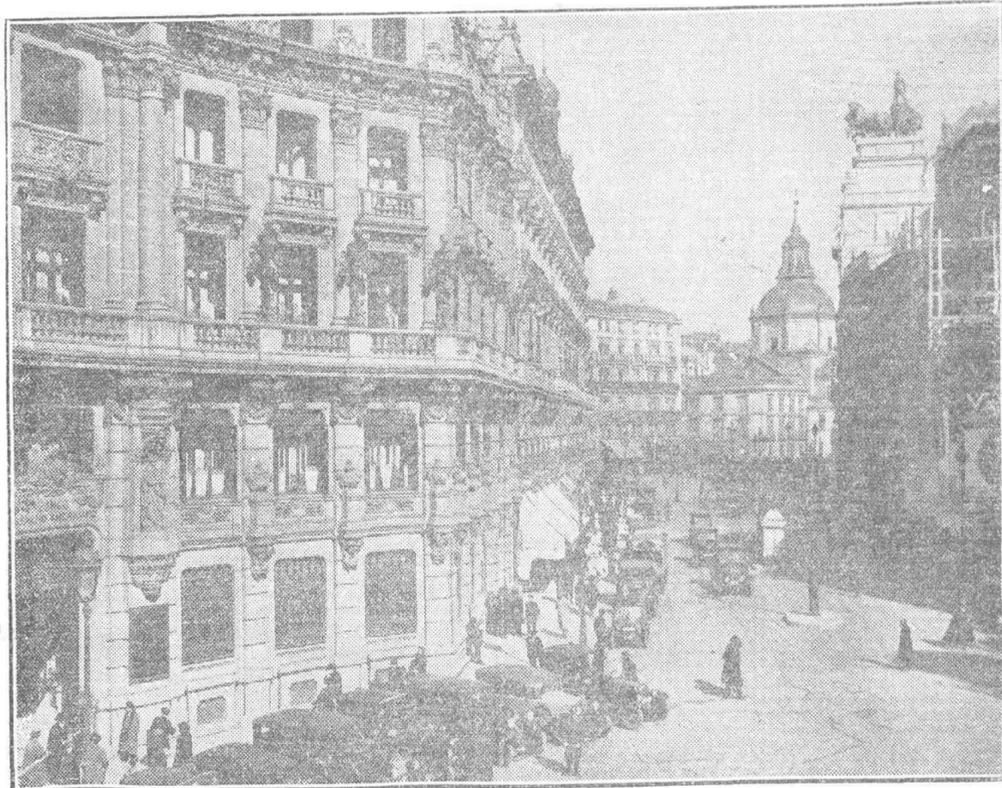
Con el escape de la de Arlabán y otro callejón inmundos de los Gitanos, allí jugaba al escondite Madrid.

Asfaltada, pero sin consentir el paso de carruajes, se llamó de Sevilla, quizá por cómo evocaba la calle de las Serpes y era burladero de piropos y sitio de colmados.

Esos madrileños que se enseñan contra todo lo pintoresco, consiguiendo crear lagunas de nada en lugar de lo que era algo, consiguieron abrir demasíada brecha en aquel refugio de peatones y peatonas.

Día de alegría progresiva fué aquel — mayo de 1879 — en que la piqueta comenzó a derribar la casa número 1, donde tenía su taller el famoso sastre Utrilla, autor de las mejores levitas grises de la época, y también le tocó caer entonces a la administración de loterías de las Cuatro Calles, que era la reputada de tener más suerte entre todas las de la corte.

Todavía, después que hubo pasado por ella, con insoportable orgullo, el primer coche de dos caballos, se resistió la calle de Sevilla y conservó casaca, rincónada y biombos para que sus transeúntes hablasen en grupos. La



LA CALLE DE SEVILLA ACTUAL. (Foto Alfonso.)

piqueta — el zapapico, como preferían decir entonces — continuó su tarea y se levantó la Equitativa, que compensó con su sombrío as-

pecto, al estilo de Londres, el ramalazo de luz que había entrado por la abertura de la calle de Alcañal.

Los nostálgicos de su antigua calle se agrupan aún alrededor de "El Suizo", de "El Inglés" y de "El Diván", los cafés que habían ido naciendo en aquel trecho como nidos de los contentillos de la calle. Protegidos por esos establecimientos estancos de las conversaciones y del vagar que son los cafés, los últimos tipos parados charlaban a la vista de sus cuartelillos.

Los cómicos, que abandonaron año tras años las esquinas de la calle de León, desde las que gozaban en el alto tramo de la ciudad las perspectivas de su Retiro y su Prado, se encaronaron con la calle abierta y hasta se engrosaron sus grupos, porque Madrid había crecido y su expectación teatral llegó a la mayor intensidad.

Los toreros, con sus chaquetillas cortas llenas de conteras y guardapuntas colgantes, lucían el anillo de calva de su coronilla, media luna en menguante, de la que nacía el tirón de su coleta. Dando su imponente reverso al público, aquellos toreros eran como grandes cinescos con las manos en los bolsillos y el calañés muy rizado sobre los ojos.

Al anoecer, aquella calle de Sevilla se llenaba de apretujones de baile lleno de bote en bote, pues era la época en que la multitud bailaba el aguarado sin que tuviese que llegar el día de procesión. Entonces, espolvoreadas por el gas, las angustias peripatéticas recorrieron la calle lanzando reflejos que aquellas lanzaderas que les vendaban de brillantes los medios dedos. Con cuerpos parecidos a los de esas mujeres con sólo busto que se exponen en las ferias, muy engasadas y apretado el nudo de sus gasas en la cintura avispa, te-

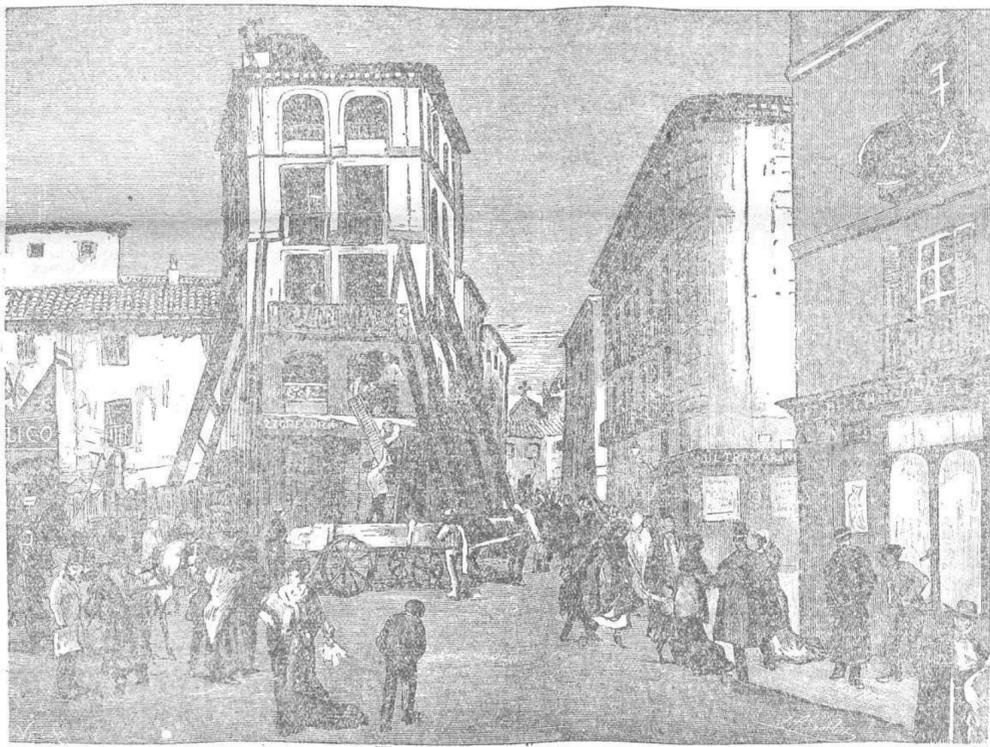
nían reflejos de escarabajo en sus ojos, movidos y jugados con volteo que ahora apenas se lleva.

Las joyerías — hoy tan frías — tomaban a aquella hora un aire frondoso y apasionado, pues el vilvaz carbunco que había en cada piedra preciosa no se había congelado aún. (Hoy las joyas tienen algo lunar, porque ya no es tan absoluta la cosa de ambición máxima que tenían y que precipitaba la combustión entre joyas y miradas.)

¡Desaparecida calle de Sevilla! Desaparecida cuando más urbanizada y ancha es, y como vacía y sin nadie cuando más gente la transita, ¿por qué es que el caudal sea siempre distinto y nunca cubre la personalidad y carácter de lo que se estanca y se queda a tertullear? Los parajes más tristes de soledad son los ríos, porque están pasando siempre, y cuanto más rápida sea la corriente, más solitarios.

Por esa exhaustez de la calle de Sevilla, el otro día sin ir más lejos, el perspicuo humorista catalán Capdevila buscaba en vano un tipo de cómic que hiciera un buen Dantón en el drama que con ese título se va a poner en Barcelona. Capdevila, que había venido a profeso de Barcelona con ese fin, fué hasta Pombó buscando un Dantón digno de su obra, y no así si se habrá ido a Barcelona sin él, cuando de haber existido el mentidero de la calle de Sevilla le hubiera bastado pasear la luna de su gran monóculo por los grupos para encontrar un Dantón en buen uso y sólo a medio guillotinar por el hambre.

Ramón GÓMEZ DE LA SERNA
(Prohibida la reproducción.)



UN ASPECTO DE LA CALLE DE SEVILLA EN EL SIGLO PASADO

Banco Hispano Americano
CAPITAL: 100 millones de pesetas.
PLAZA DE CANALEJAS, 1
MADRID

Sucursal del Sur: Duque de Alba, 11
SUCURSALES EN LAS PRINCIPALES POBLACIONES DE LA PENINSULA, BALEARES Y CANARIAS

Realiza, dando grandes facilidades, todas las operaciones propias de estos establecimientos, y, en especial, las de España con las Repúblicas de la América latina. Compra y vende por cuenta de sus clientes en todas las Bolsas toda clase de valores y monedas y billetes de Bancos extranjeros.

Cobra y descuenta cupones y amortizaciones y documentos de giro. Presta sobre valores, metales preciosos y monedas, y abre cuentas de crédito sobre ellos.

Facilita giros, cheques y cartas de crédito.

Abre cuentas corrientes con interés y sin él.

Admite en sus cajas depósitos en efectivo y efectos en custodia.

Dirección telegráfica: HISPAMEL

UN LIBRO

MIRABEAU O EL POLITICO

La vida de un grande hombre político cambia de aspecto en el momento en que comienza a actuar como hombre público. En el cauce de la publicidad, de dilatadas riberas, parece aquel torrente vital ganar sus propias dimensiones y con ello un curso de ritmo magnífico, fértil y majestuoso. Entonces el contemporáneo o el lector de la biografía comienza a aplaudir: le entusiasma la audacia, la infatigabilidad, la eficiencia de todos sus actos y gestos, la entereza inmutable con que aguanta el insulto y resiste al ataque, la presencia de espíritu con que gobierna su persona en medio de la tempestad política. Pero este entusiasmo *post gestis* es un poco vil: se alaba el fruto después de haber denigrado la semilla. El contemporáneo o el lector de la biografía son injustos con la juventud del grande hombre político, que es semilla y raíz de su madurez fructífera. Se quiere ignorar que no ha esperado para ser hombre público a que llegue la hora de su popular epifanía, sino que lo fué desde luego, y que la turbulencia y absurdo sesgo de su mocedad provienen precisamente de que siendo ya, por su constitución orgánica, hombre público, tuvo que moverse en el angosto molde de la vida privada. En Napoleón se nota menos esta dolorosa contracción juvenil porque vive inscrito en el esquema de la disciplina militar, donde un rápido ascenso permitía la expansión graduada de su temple. Sin embargo, una breve demora en uno de estos ascensos produce en él tal depresión, que resuelve, según comunicó a un íntimo, desertar del Ejército francés y pasar a Turquía a fin de fundar allí un reino. Este fundador de reinos imaginarios en Turquía era a la

vez y esto es el escrupulo. Sólo podemos reclamar en el hazoñoso una bondad homogénea con su temperamento: ésta es la otra forma de bondad, la bondad impulsiva, que no resulta de una deliberación, como la escrupulosidad, sino de la sanidad nativa de los instintos. Ahora bien: es interesante observar que esta sanidad de instintos, esta generosidad ubérrima brota en todas las biografías de grandes políticos y permite diferenciar al falso del auténtico: Sylla, de César.

Tampoco debe extrañarnos la acción a la farsa que revela la vida de Mirabeau. Una y otra vez le sorprendemos mintiendo descaradamente. Al intelectual de casta le sobrecoge siempre ese don de la mentira que posee el gran político. Tal vez, en el fondo, envidia esa tranquilidad prodigiosa con que los hombres públicos dicen lo contrario de lo que piensan, o piensan lo contrario de lo que están viendo con sus propios ojos. Esta envidia descubre ingenuamente la virtud específica del buen intelectual. Su existencia radica en el esfuerzo continuo por pensar la verdad y una vez pensada decirlo, sea como sea, aunque le despedacen. Este es el máximo de acción que al intelectual corresponde: una acción que es, en rigor, una pasión. El hombre de pensamiento no puede, no debe aspirar a otra forma de heroísmo que al martirio. El mayor triunfo es el naufragio para este perpetuo navegante sobre Gólgotas de tres palos, como los bergantines.

Recíprocamente, al gran político le maravilla ese heroico servicio a la verdad que informa la vida del buen intelectual. Esta mutua admiración de dos temperamentos contrapuestos es simpática, como todo lo que generoso; pero se funda en un error. Cada uno de ambos proyecta sobre el otro su propia constitución, y al ver que en él da resultados contrarios, atribuye éstos a un esfuerzo gigantesco. Pero la verdad es que ni la mentira cuesta nada al político, ni la veracidad al intelectual. Una y otra manan naturalmente de su distinta condición.

El intelectual vive principalmente una vida interior, vive consigo mismo, atento a la pululación de sus ideas y emociones. Nada en el mundo tiene para él realidad comparable a esas cosas íntimas. Por lo mismo, las ve y las distingue con inevitable claridad. Sabe en cada instante lo que piensa y por qué lo piensa. La idea verdadera y la idea falsa acusan terriblemente ante la mirada interior sus contrarios perfiles. Es natural que

mentir le suponga un enorme esfuerzo, porque tiene que negar lo innegable, tiene que cegar su propia evidencia, suplantarla su realidad íntima por otra ficticia.

El hombre de acción, en cambio, no existe para sí mismo, no se ve a sí mismo. El ruido de fuera, hacia el cual su alma está por naturaleza proyectada, no le deja oír el rumor de su intimidad. Falta ésta de atención y cultivo, anda desmedrada. Sorprende notar que todos los grandes hombres políticos carecen de vida interior. No es paradoja decir que no tienen personalidad. La tienen sus actos, sus obras; pero no ellos. Por esta razón — el fenómeno es muy curioso — no son interesantes. Para convencerse de ello basta informarse del sumo juez en materia de hombres interesantes: la mujer. ¿No es extraño que los grandes hombres políticos, al fin y al cabo los grandes triunfadores de la vida, dueños del poder, de la riqueza, corporalmente destacados y aureolados sobre el resto de los varones, no hayan conseguido nunca, nunca, valiosos triunfos sobre la mujer? Ni siquiera César puede ser considerado como una excepción.

El caso de Mirabeau confirma plenamente esta regla. Su sensibilidad le induce sin descanso hacia la mujer. Su audacia y su rumbo verbal le permitían cazar rápidamente la hembra predispuesta a ser cazada. Pero este tipo del cazador de mujeres no tiene nada que ver con el verdadero seductor. Son distintos ellos y son distintos los tipos de mujer sobre que actúan. Una cosa es conseguir favores de una mujer, y otra, absorber intelectualmente su alma. La que es capaz de hacer favores suele ser incapaz de entregar su alma, y viceversa. Esta última es la mujer interesante, la que vive hermética, cerrada en su íntimo recato, y que no puede conceder nada si no concede su vida entera. Salvo madame De Nebra, que era una niña, Mirabeau no conoció más que faldas, faldas, muchas faldas.

Esta carencia de vida interior da a la existencia privada del gran político un cariz de relativa vulgaridad, de basteza. Ni sus ideas ni sus gustos son precisos, originales, refinados. Mirado desde la óptica de un intelectual, el hombre de acción vive en constante *a peu près* íntimo. Poco más o menos, le es todo igual, porque le parece irreal. Lo importante para él son los actos. Cuando miente, en rigor no miente, porque no está adscrito íntimamente a nada determinado. Las palabras, y dentro de ellas las ideas, son para él tan sólo instrumen-

tos. Dicho de otro modo: él no es sus ideas; cuando las finge no se niega, porque él no consiste en ellas. Viceversa, no acertará a ver la realidad íntima de los demás; sólo percibirá de ellos su facción utilizable. "Yo no puedo excomulgar a nadie — decía Mirabeau —. En verdad, todo me parece bien: los sucesos, los hombres, las cosas, las opiniones; todo tiene un asa, un agaradero." La expresión es certera: el grande hombre político todo lo ve en forma de asa.

¡Buena fuera que, obligado a resolver conflictos exteriores, llevase también en su interior conflictos! Por fortuna, existe lo que yo llamo un cutis de grande hombre, una piel de vaquerismo humano, dura y sin poros, que impide la transmisión al interior de heridas desconcertantes. También habría incongruencia en exigir al político una epidermis de princesa de Westfalia o de monja clásica.

Impulsividad, turbulencia, histrionismo, imprecisión, pobreza de intimidad, dureza de piel, son las condiciones orgánicas, elementales, de un genio político. Es ilusorio querer lo uno sin lo otro, y es, por tanto, injusto imputar al grande hombre como vicios sus imprescindibles ingredientes.

Pero claro está que no basta poseer éstos para ser un político de genio. Es preciso agregar el genio. Cuando éste falta, aquellas potencias no producen más que un mascarón de proa. Nada, en efecto, es más fácil de aparentar que la grandeza política. A la postre, si un intelectual no tiene ideas, no logrará fingir, por lo menos fingir bien, su intelectualidad ausente. Pero el gran político y el que no lo es se presentan igualmente con el poder público en la mano. Su atuendo, su tallo, son los mismos para las miradas torpes.

¿Qué signos diferencian en esta materia la autenticidad de la ficción? Algunos, algunos hay; pero es difícil describirlos, e intentarlos excede mi pretensión.

Lo discreto es no hacerse ilusiones, por lo mismo que en política es tan fácil hacerse las. Yo, a ratos, logro convencerme de que soy un Napoleón porque, como él, no tengo más que sesenta pulsaciones por minuto. La confusión en mi caso no es grave, porque soy tan sólo un escritor.

José ORTEGA Y GASSET
(Prohibida la reproducción.)